

**Firma invitada** ¿Qué esconde un cuadro? La novela de Miquel Molina nos acerca y hace reflexionar sobre lo que en realidad es el arte: un misterio

# A propósito de 'Una flor del mal'

JOAN-PERE VILADECANS

¿Quién no se ha preguntado alguna vez qué hay detrás de un cuadro? ¿Qué esconde un cuadro, una tela pintada, algo que el artista puede haber tapado con otra imagen? Sólo por eso, y no únicamente, *Una flor del mal* de Miquel Molina pone al lector a cavilar. En esencia el autor interpela, interroga y se interroga: ¿No es de lo que se trata? La creación en todas sus prácticas consiste en lanzar preguntas al vacío. Recuerdo que, con la curiosidad de un adolescente, con vocación de pintor, en mi primera visita al Museo del Prado intentaba adivinar lo que escondían las pinceladas de los clásicos; medio de perfil, observaba los mínimos relieves para adivinar correcciones y etapas primeras de las obras. Incluso llegué a percibirle ocho patas al caballo del magistral retrato del Conde Duque de Olivares, de Velázquez. A partir de *Una flor del mal* sabemos, ya, que un cuadro puede esconder otro cuadro. Si alguna vez se ha dicho que una pintura era una ventana, Miquel Molina



Courbet: 'Dame espagnole', 1855

**Un cuadro que esconde otro cuadro, una imagen que vela, esconde y envuelve otra imagen**

plantea cómo un cuadro de Courbet se convierte en mortaja: una mujer pintada cubre para siempre (?) el retrato de otra mujer. El tema es hondo y esencial, porque nos acerca a lo que en realidad es

el arte: un misterio. Un misterio que contar y contarlo de la mejor manera posible. En toda la novela hay algo de paranormal –el arte, la escritura, la música lo son– y Miquel Molina intenta a lo largo de la narración disipar perplejidades, naturalmente no todas. ¿Las supayas? Afortunadamente tampoco las del lector. Y quizá por eso procura no dejar solo al lector en el desarrollo de una intriga hábil entrelazada con un intermitente cambio de registro estilístico. Poético, onírico: *El diario de Caroline Gailard*, discursivo, ágil y divertido, el personaje de Guillermo Jiménez y, con él, la foto fija de una época no muy lejana. Cultura, sociología, historia, sigilo e investigación. Y amor.

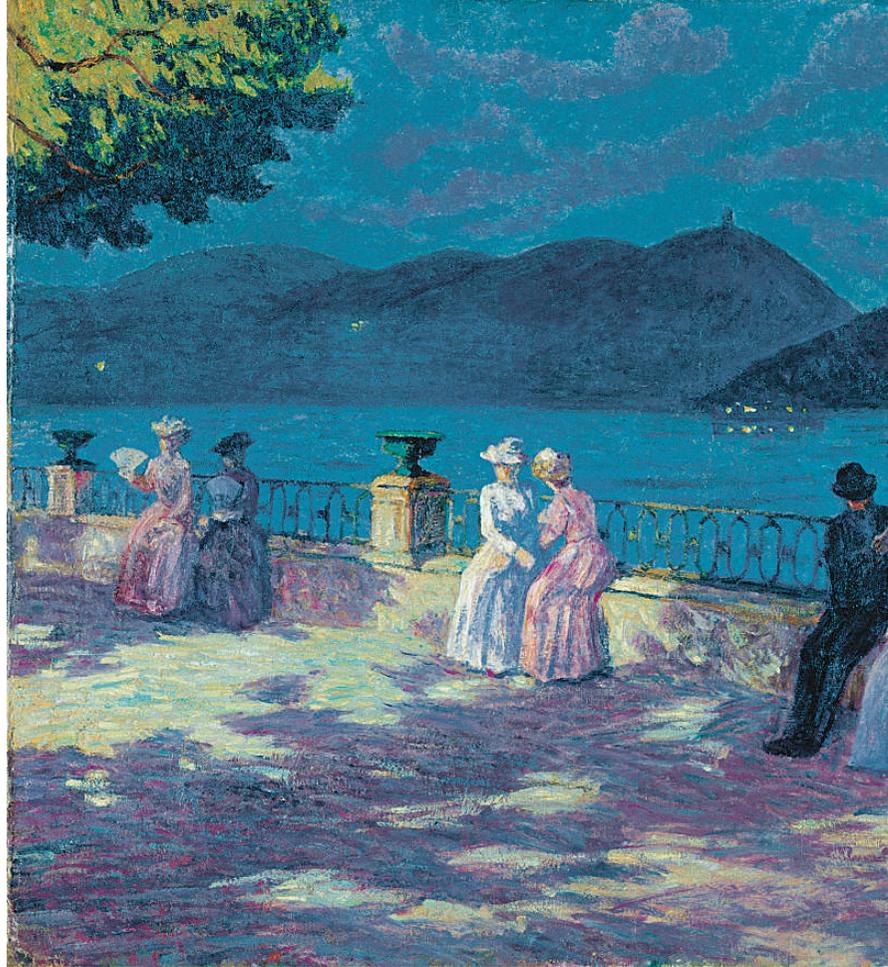
## Juego de escamoteo

Un cuadro que esconde otro cuadro, una figuración inicial superpuesta de capas de pintura. Una imagen que vela, esconde y envuelve otra imagen. Un personaje que es la tumba de otro personaje. Un sobretodo que protege de la mirada ajena todo aquello que el pintor no quiere que se vea. O cree que no debe mostrar. Un mensaje que el tiempo descodificará. Un juego de escamoteo, de rectificación, ¿de arrepentimiento? En el segundo volumen de sus memorias, *Pentimento*, Lillian Hellman plantea el cambio de idea de un pintor en el proceso creativo. Como también de algún modo lo desarrolla el filme *Le mystère Picasso* de Clouzot, en el que el artista va superponiendo ante la cámara infinidad de imágenes.

Miquel Molina introduce al lector, siempre con el cuadro de Courbet como eje central, en unas peripecias humanas que se entrecruzan, se complementan en un ámbito donde la realidad se funde con una determinada atmósfera lírica, inaprensible. La precisión del rigor de los museos, de los procedimientos de restauración, los materiales, las técnicas y un mundo del arte antiguo nos llevan a ver, para ver de nuevo. Como el cuadro subyacente y el que está a la vista.

A partir de *Una flor del mal* de Miquel Molina podremos preguntarnos con fundamento: ¿qué hay detrás de un cuadro? Y... ¿qué hay detrás de este libro? |

Joan-Pere Viladecans es pintor



**Perfil** Una exposición revela la doble faceta como creador de un artista entre el modernismo y la modernidad, amigo de Albéniz

# Regoyos, pintor... y músico

**Darío de Regoyos (1857-1913)**  
MUSEO THYSSEN-BORNEMISZA  
MADRID

Comisario: Juan San Nicolás  
Paseo del Prado, 8  
Tel. 902-760-511  
www.museothyssen.org  
Hasta el 1 de junio

**JORGE DE PERSIA**

No deja de sorprender al espectador de esta exposición conmemorativa del centenario de la muerte del pintor Darío de Regoyos, que los tres o cuatro primeros cuadros expuestos (dos de van Rysselberghe de 1882 y 1889 y uno de Meunier, 1884) lo representen como músico. Un atributo –y un fundamento ideológico– que ostentaron en tiempos del humanismo renacentista muchos de los grandes pintores venecianos. Y es que Regoyos, formalmente pintor, era músico en su cotidianidad. En nuestros tiempos se intenta salir de la compartimentación establecida en el estudio de las artes; interesa también su percepción como emergentes de una sociedad.

Juan San Nicolás señala en sus artículos del catálogo que de los catorce retratos conocidos del pintor que realizaron Whistler, Constantin Meunier, Théo van Rysselberghe y James Ensor, nueve le representan en actitud de interpretar con su guitarra.

Regoyos, que nació en Asturias y estudió en Madrid y Bruselas, estuvo muy vinculado al País Vasco y a Catalunya, donde falleció en 1913. Era un andariego como fue

su amigo Isaac Albéniz, que mantenían sus contactos con la tierra de referencia. Sabemos de sus casas en San Sebastián o en Errenteria, y en sus últimos tiempos vivió con su familia en Barcelona en el n.º 4 de la plaza de la Figuerola en Sant Gervasi.

## Técnicas impresionistas

Pintor singular de la transición entre el modernismo y la modernidad, como lo fue Albéniz en la música, ambos artistas coinciden en lo anecdótico y vital y, cabe pensar también, en lo estético. Antes de adentrarse en técnicas impresionistas más cercanas a la evocación, Regoyos, como Albéniz, nos dejaron –siempre a través de una óptica lejana del costumbrismo y muy personal– pequeños cuadros, postales (en forma de piezas musicales, Albéniz), que denotan itinerarios, lugares o formas. Son formas de paisaje que –al igual que en Ruñón– poco a poco se van haciendo poéticas, en sintonía con el modernismo. La vertiente musical de Regoyos era distinguida (una curiosidad) en los ambientes artísticos de la vanguardia belga donde vivió muchos años, en cuyas reuniones sociales participaba cantando e